

Libros: PROXIMO FESTIVAL PERUANO

Entrevista con Manuel Scorza

A 18 meses del Primer Festival del Libro, Manuel Scorza anunció recientemente que, en la actualidad, se están imprimiendo 750.000 libros para nuevos festivales. 250.000 volúmenes corresponden a la serie que se prepara para el 4º Festival del Libro, programado para el presente mes de junio y los 500.000 restantes integran la serie destinada al "Primer Festival del Libro Peruano en Venezuela" que actualmente se prepara en Venezuela bajo la dirección de Scorza y con el respaldo de un comité formado por Rómulo Gallegos, ex-presidente de Venezuela, Mariano Picón Salas, Alejo Carpentier, bajo la organización del conocido poeta Juan Liscano.

Si se incluye el tiraje de la próxima serie que se lanzará a la circulación sólo en el Perú, se habrán editado al comenzar el 4º Festival 1'000.000 de libros. A esta enorme cifra hay que añadir ahora los centenares de miles de libros que empezarán a imprimirse para la exportación, ciertamente un hecho singular en un país que nunca ha tentado el mercado exterior.

Semejantes cifras hablan por sí solas de la importancia creciente de la "batalla del libro" que inició hace más de un año el ya disuelto Patronato del Libro.

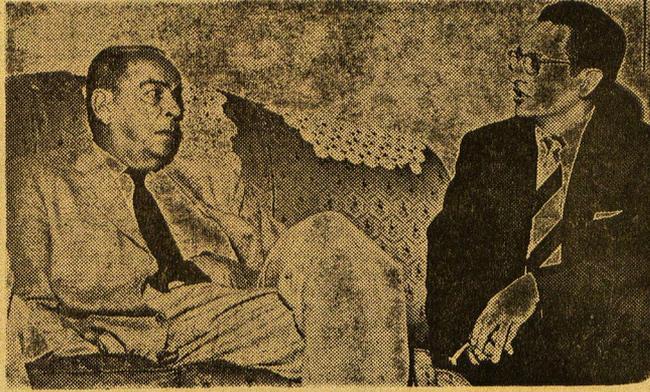
Al respecto entrevistamos a Manuel Scorza, director de la nueva Editora Latinoamericana, constituida recientemente para proseguir este gran esfuerzo editorial.

—¿Qué dice del próximo 4º Festival?

—Que está en marcha. Se está terminando ya la impresión de 250.000 libros de una serie de diez títulos que se venderá en todo el país próximamente.

—¿Qué títulos forman la nueva serie?

—La experiencia de los festivales anteriores aconseja que en las series figuren no sólo grandes obras peruanas sino también clásicos de todo el continente. Con este espíritu hemos integrado



Rómulo Gallegos y Manuel Scorza.

la nueva serie con cuatro títulos peruanos y seis americanos.

—¿Cuáles son las obras peruanas de la nueva serie?

—Encabeza la lista una nueva selección de Palma, aparentemente un autor sin ocaso en el favor popular. En adelante incluiremos las series con un tomo de Palma de modo que, con el tiempo, el comprador de estas series tenga las Tradiciones Peruanas completas, sin pagar costo adicional.

También un libro muy solicitado *Estampas Mulatas* de José Diez Canseco.

Igualmente una notable novela de un autor peruano, *El Daño* de Carlos Camino Calderón, que, es sin duda, una obra maestra desconocida de nuestra literatura.

Cierra el aporte nacional el *Primer*

Panorama de Ensayistas Peruanos, una antología que pretende contribuir a la difusión de las mejores páginas de nuestro pensamiento, hoy virtualmente inaccesibles en libros agotados. En el presente volumen se incluyen trabajos de Francisco García Calderón, José de la Riva-Agüero, Jorge Basadre, J. Uriel García, Jorge Guillermo Leguía, Manuel Mujica Gallo, Víctor Andrés Belaúnde y otros valores.

—¿Y cuáles son las obras americanas escogidas?

—En mi viaje reciente a Caracas obtuve autorización para editar para el próximo festival *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos, a juicio de la crítica la mejor novela del autor de "Doña Bárbara". Junto con ella incluiremos una novela que

es poco menos que una primicia: *El Reino de Este Mundo* del cubano Alejo Carpentier. Esta obra es uno de los más grandes éxitos actuales en Europa. Priestley declara que es "una de las obras más importantes de los últimos 20 años. Camus y Sartre le han elogiado caudalosamente. Carpentier — que vive también en Caracas — ha tenido la amabilidad de autorizarla para que figure en esta serie. Horas después de que firmaba el contrato llegó a Caracas Tyrone Power con los representantes de la Metro y adquirieron la obra por 100.000 dólares.

En un solo volumen se editarán dos de los más celebrados libros de Neruda: *20 Poemas de Amor* y *Una Canción Desesperada* y *Alturas de Machu-Picchu*.

Completan la serie Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes y *La Vorágine*, la clásica "novela de la selva" del colombiano José Eustacio Rivera.

—¿En cuanto a la serie venezolana?

—Como ya se ha informado: viajé recientemente a Venezuela y con ese motivo se organizó allí una filial de nuestra editorial que ha quedado a cargo del gran poeta venezolano Juan Liscano, director del suplemento literario de "El Nacional" — que por cierto dirige otro escritor: Miguel Otero Silva.

Liscano organizará un festival durante el cual se venderán en Venezuela 500.000 libros editados en el Perú.

—¿Qué libros formarán la serie?

—Será una serie peruano-venezolana. Los libros venezolanos han sido ya elegidos por Liscano y Picón Salas que —aun desde Brasil, donde ha sido nombrado Embajador— actuará como director literario de la filial peruana en Venezuela. Respecto a los libros peruanos, lo único que puedo decir es que serán elegidos con la objetividad de siempre.

—¿Se organizan algunos actos conjuntamente con el Festival?

—Sí, a la inauguración del Festival viajará una delegación de escritores peruanos.

H ACE ya algunos años, la poesía peruana sufrió un agravio premeditado y sonoro: a la caída de un ceniciento crepusculo de diciembre, unos jóvenes arbitrarios invadieron la Asociación Nacional de Escritores y Artistas y, en torno al patrimonio lírico del país, que allí se exhibía en nítidos manuscritos, depositaron grabados de impresionantes deformaciones biológicas e inscripciones de una agresividad irrepetible. En los salones del recinto de los intelectuales del Perú, los agresores sembraron luego, perversamente, papel higiénico, barro y arañilla y, sobre una mesa de la sala central, donde lucía el más significativo poema de la muestra, clavaron —oh, humillación!— una bacinita vejisísima, rescatada poco antes de un muladar aledaño a la ciudad.

Aquel asalto, que indignó a la prensa y a los escritores, fue, en realidad, algo más que una pasajería y adolescente exhibición de irreverencia y malhumor: a través de esa acción rápida y teatral una generación expresaba su voluntad de rebelión. Tal vez la protesta de esos jóvenes no iba exclusivamente dirigida a la realidad literaria peruana; quizá, ambiciosamente, pretendía abarcar todos los órdenes de una sociedad en estado de crisis. Es posible, además, que aquel acto fuera ingenuo, ineficaz, efímero. Pero, en cuanto a la literatura se refiere, tenía una significación indudable, aunque fuera únicamente simbólica. Basta recordar el desprestigio en que había caído la poesía peruana, en aquellos años, por obra de chollistas, indigenistas y evasivistas de toda calaña, para justificar esa actitud de desafío y condena. Es verdad que los autores de aquel gesto espectacular constituían un movimiento, ni acababan bajo el estímulo de postulados precisos, y que no consiguieron permanecer unidos en torno a una labor constructiva y permanente. Pero sería innoble no reconocer que con ese asalto trulento, un puñado de inconformes proclamaba su propósito limpio y admirable de restablecer la dignidad y el prestigio de la actividad literaria en el Perú.

Entre los inconformes de entonces, estaba Carlos Germán Belli. Sólo un profundo y auténtico sentimiento de rebelión pudo haber empujado a ese muchacho tímido, terriblemente modesto, y silencioso hasta la exasperación de sus amigos, a intervenir en un acto de violencia, tan ajeno a su personalidad, a su bondad y cortesía innatas. Sólo un convencimiento hondo y radical de la necesidad de reformar un estado de cosas equivocado y lamentable, pudo romper su sobriedad y pacifismo habituales. Han pasado cerca de ocho años, desde aquella tarde de diciembre y Belli vuelve ahora a demostrar que aquella convicción rebelde de su juventud ha permanecido intacta. En los poemas que acaba de reunir en un libro, surgen, nuevamente, esta vez en imágenes hermosas, la denuncia de una realidad injusta y el clamor de su reforma. Solo, sin estridencia, sin una publicidad planificada, Belli, con esta brevísima edición, se coloca en primera línea, entre los auténticos poetas rebeldes del Perú.

Su libro de poemas, por otra parte, aparece muy oportunamente, porque viene a

Belli y la rebelión

Por Mario Vargas Llosa

echar luz sobre un problema que hoy conmueve a la poesía peruana y amenaza con aniquilarla. Los partidarios de la llamada poesía social que, aparentemente, han ganado la batalla contra los poetas puros, han impuesto, numéricamente, su actitud y su concepción de la poesía. Y a tal extremo, que casi podría afirmarse que el único requisito indispensable que se exige ahora, entre nosotros, a un poeta, es una profesión de fe revolucionaria, un testimonio social: si un libro de poemas no repite las fórmulas consabidas, el llamado a la revolución, la protesta contra la miseria de la sociedad occidental, si el rostro macilento de un obrero no asoma en sus páginas, se considera que ese libro no tiene valor. Más aún: se niega un juicio estrictamente literario sobre él. Basta decir que se trata de un autor reaccionario. Como tal, en cierto modo, sobre sus hombros recae todo el drama social de nuestro tiempo. Naturalmente que un responsable indirecto de la invasión imperialista a Egipto y de las torturas infligidas a los patriotas argentinos no puede ser, de ningún modo, un buen poeta. Y, a la inversa: ¿alguien se atreve a acusar de poeta a quien ha cantado, en tercetos asonantes, el hambre del indio, la victoria de una huelga de los trabajadores del petróleo? No, porque aquel autor, se dice, ha cumplido su deber: se ha comprometido, se ha afiliado a la causa de la liberación del hombre. Y eso, automáticamente, lo inmuniza. Esta actitud frente a la literatura, además, ya no se utiliza únicamente para juzgar el presente: con ella se juzga, también, a los escritores del pasado. Yo recuerdo haber escuchado proclamar en San Marcos, a un compañero de clase, gallardamente que Góngora no fue un buen poeta porque la oscuridad y complejidad de sus escritos son los instrumentos que utiliza la burocracia para convertir a la cultura en patrimonio de clase.

De este modo, se ha llegado a la confusión actual, a la patética falsificación de valores que preside la naciente actividad literaria peruana. Belli tiene el mérito de no haber incurrido en ninguno de los prejuicios vigentes: sus poemas, por el contrario, despejan de hecho, los errores más difundidos por los teóricos crollos del realismo social y rescatan el ejercicio literario del pozo de mediocridad sonora a que aquellos le habían arrojado. Los poemas de Belli confirman bellamente que se puede ser un rebelde y que se puede hacer una poesía de la rebelión sin necesidad de escribir estruendosos libelos rimados, cuya ferocidad, por desdicha, hiere al lenguaje con más frecuencia que al State Department. Belli no ha olvidado que el escritor contemporáneo no sólo tiene la obligación de comprometerse con la sociedad en la que vive, sino que, como escritor, tiene, además, una responsabilidad inicial, básica, frente al oficio que ejerce. El



escritor tiene la obligación fundamental de escribir bien y debe ser juzgado de acuerdo a esa premisa: no exclusivamente por la trascendencia o significación de los temas que ha tocado, sino, también y a la vez, por la originalidad de sus medios expresivos, por su mayor o menor habilidad para tratar aquellos artísticamente, es decir, en un plano de decoro y belleza verbal. Si incumple este requisito, si sacrifica y traiciona el aspecto formal en nombre de una absorbente preocupación social, se podrá decir que es un honesto revolucionario, un apostolado respetable, pero no un buen escritor. Esta última calificación es estrictamente literaria, aquella es una calificación moral. Es absurdo y trágico reducir la crítica a una condena o absolución éticas. Este procedimiento adolece de un prejuicio fundamental y entraña un peligro efectivo: amenaza con deformar y estancar el ejercicio literario en toda una generación y elimina la posibilidad de una crítica libre. De ambos casos tenemos ejemplos próximos: nuestros poetas adolescentes, a juzgar por sus escritos, se muestran más interesados en repetir un vocabulario convencional ad-hoc que en aprender gramática y, ante cualquier intento de revisión de los autores nativos, los teóricos del realismo oponen a sus adversarios un veto moral,

como ocurrió hace un año, cuando Luis Loayza y yo pusimos en tela de juicio la vigencia y valía poéticas de Chocano y fumos acusados, indirectamente, por Francisco Bendeji, ni más ni menos, que de traición a la Patria.

Belli no ha incurrido en ninguna de estas concesiones que llevan al holocausto de la poesía en nombre de una fe. Tampoco ha intentado la evasión. Belli sabe que la evasión no sólo es inmoral, también es imposible. El escritor puede desearla, perseguirla, pero no la conseguirá jamás. Aun cuando se sumerja en el cerebralismo, en laberínticos juegos verbales, aún cuando invente misteriosos territorios poéticos para uso personal o un orden mágico privado, aún cuando su inteligencia y voluntad se empeñen férrea y ciegamente en crear un arte puro, en el mal sentido de la palabra, esto es, despojado de todo contacto con el mundo y los hombres, su empeño será inútil, porque la evasión constituye una flagrante toma de posición al revés frente a aquella realidad que se trata de eludir. Con su silencio, el poeta que vuelve la espalda a la realidad porque sus males y defectos le repugnan, se hace cómplice: su actitud, objetivamente, contribuye a que aquellos permanezcan. Belli no quiere evadirse, no quiere eludir un pronunciamiento. Al contrario: el sentimiento de rebelión que vive en él, ha sido trasladado a sus poemas en toda su pureza original.

La rebelión surge primero como la constatación de un drama exterior. Y en los poemas de Belli hay testimonios inequívocos de la amargura, de la angustia del hombre de hoy, acosado desde todos los flancos por aquella "voz alarada" que descubrimos a cada instante, apostada "entre viejo siera" y nos reclama "¿ajena deuda y costras de mil lagas". Esa voz ha convertido al mundo en una "tradera helada" cuyo rigor hiere la vida contemporánea "y la destroza", "al alma hurtando en cada instante tierno" "nuestro calor, ay, nuestra lumbré hermosa". Una sensación de inestabilidad, de desamparo creciente atormenta al hombre de hoy, que no se siente solidario con el orden que rige la sociedad en que habita, sino un ser abandonado y en peligro:

No me encuentro en mí salsa: veo que ustedes se avergüenzan de nuestro perfil, de nuestro pellejo, de nuestro tamaño, de nuestro tamaño

y escucho una voz que me dice: "esta no es su casa, usted es un salvaje". Cuando descubre que aquel orden que impugna no lo afrenta sólo a él, sino también a muchos otros, aunque en grado distinto, el poeta no se limita a expresar una actitud individual. Su reclamo incluye a todo un vasto sector humano, espiritual y materialmente aliado por un drama común:

(Pasa a la pag. 5)